

MIS PASEOS CON SOMBRERO

Altafulla. Agosto 2013



Desde el acantilado

La playa de Altafulla es pequeña, y se encuentra limitada en sus extremos por dos pequeños montículos acantilados que cierran el paisaje. En el lado oeste se halla la ciudad de Tarragona, desde la playa se alcanza a ver algunos barcos que atracan en su puerto. En el lado este, unas imponentes rocas dan al mar, como un espigón natural donde las olas, con su batido constante han horadado su base. Es hacia ese lado donde me gusta ir. Lejos de la playa, de la gente, el chapoteo de los niños, de los caminantes que bordean el agua esquivando a los jugadores de pelota. Sigo el Camí del Fortí que asciende por la parte cercana a Torredembarra. Las casas ya pueblan la pequeña montaña, entre pinares y roca caliza. Después me adentro en un sendero, bordeando el acantilado. El sol de la tarde ya se oculta en poniente alargando las sombras. Se puede ver el faro de Torredembarra. Busco un sitio con sombra, frente al mar y



me quedo mirando, extasiado, el cambio continuo de la superficie del mar que las olas pintan en brillante azul cobalto. Veo a lo lejos unos pescadores lanzar sus cañas a la espera del milagro, a una pareja joven que se hacen fotos entre ellos, buscando recortar su perfil en el cielo del atardecer, y me llega el ruido apagado del golpeteo de las olas sobre las rocas, y el susurrar del viento. Unos pequeños veleros se balancean casi en el horizonte y de pronto una barca con motor pasa rauda dejando una estela blanca. Aspiro el aire que me trae aromas de algas y del romero que prende en la piedra caliza, sobreviviendo en dos palmos de tierra. Miro el reloj, ya ha pasado media hora y no me he dado ni cuenta. Suspiro. Hago el esfuerzo de levantarme y durante un segundo noto que me duele todo los huesos del cuerpo. O casi todos. Sonrío para mis adentros. Los años pesan, me digo, y en un acto reflejo, para contrarrestar esa sensación de cansancio, abro mi teléfono móvil y miro la foto de mi nieta Mar que preside la primera pantalla. La miro un instante, suficiente para inyectarme toda la energía del mundo. Soy un abuelo joven y ahora toca tomarme una cerveza.

Bibliomar y las misiones Pedagógicas de la II República

Cerca de la Playa, en un bosquecillo de pinos que apenas cubre unos metros cuadrados, hay un claro, en el que durante mis primeros días de vacaciones, descubrí una singular biblioteca ambulante. Es una diminuta rulote a la que han bautizado como "Bibliomar". Durante algunas mañanas el bibliotecario abre sus puertas y ofrece libros y cuentos a los veraneantes que toman el sol en la playa. Esta peculiar iniciativa me recordó lo que leí de las Misiones Pedagógicas que surgieron durante la Segunda República.



El gobierno de la II República Española había destinado importantes recursos a la educación y se creaban miles de escuelas públicas. Las autoridades creían que proporcionando formación y cultura podrían sacar a la nación de su secular retraso. Así se impulsó la escuela republicana, un modelo de escuela unificada, activa y laica cuyo principio fundamental era la neutralidad religiosa, ideológica y filosófica, respetando la conciencia de los niños. Al mismo tiempo se fueron creando las Misiones Pedagógicas, con lo que se pretendía hacer llegar a las aldeas y pueblos más atrasados la cultura y la modernidad. Grupos de profesores y estudiantes iban a aldeas remotas y pueblos perdidos para llevarles libros, el cinematógrafo, gramófonos, láminas con reproducciones de famosas pinturas, y hasta se atrevían con la representación de alguna obra breve de teatro clásico. Desgraciadamente todo ese impulso acabó con la guerra.

Han pasado muchos años y todo eso queda para los documentales o libros de historia, pero hay que rendir un homenaje a esas gentes que un día quisieron llevar la cultura al pueblo y no olvidarlos. Quizá esa pequeña rulote, atestada de libros y varada en el claro de un bosque es el ejemplo, humilde, de que aún existe ese impulso de extender la cultura, en un país que tanta falta hace. Vaya para ellos, bibliotecarios, mi reconocimiento.

“Les botigues de mar” y la revolución que nunca llegó.

“Este país el poder siempre ha considerado al pueblo como idiotas” Me hice esta reflexión mientras paseaba esta mañana por “Les botigues del Mar” el paseo marítimo frente al mar de Altafulla. Se llama así porque antiguamente los pescadores construían en este lugar unas pequeñas casetas donde guardaban los aparejos de pesca, y el nombre de estas casetas se llamaban “botigues”. Con los años y el turismo se fueron remodelando y agrandando, transformándose en bares, restaurantes y apartamentos. Quizá nunca soñaron los antiguos pescadores, los últimos en el escalafón social y económico del pueblo (los más pudientes se dedicaban a cultivar la tierra) que algún día ese pedazo de terreno frente al mar sería una de las zonas más cotizadas. Claro que quienes se beneficiaron de este auge inmobiliario ya fueron los descendientes. El caso que estas reflexiones y la lectura de la prensa matinal, donde los juicios por corrupción política llenan las exiguas páginas de los periódicos en agosto, me ha llevado al pensamiento que da inicio este texto.



En este país el poder siempre ha venido impuesto por una casta de monarcas y aristócratas, ricos hacendados y oligarcas autoritarios, apoyados siempre por un clero servil, más preocupado por los asuntos mundanos y de influencia que en el alma angustiada y sometida de los creyentes. En este país ha faltado una revolución que pusiera al pueblo por delante e insertara en el ADN de la sociedad que el poder emana del pueblo y no de la casta dirigente. Ha faltado una conciencia colectiva que asumiera que su destino está en sus manos y no en la de una autoridad impuesta por la divinidad o la violencia. En una sociedad como la nuestra, es el feudalismo lo que está en el ADN y no la libertad, y es difícil, en una sociedad así que las gentes de extracción humilde puedan triunfar, porque los cargos suelen ser hereditarios y endogámicos. La república fue un intento de cambiar las cosas, de intentar implicar a toda la sociedad en un gran avance social que dejara atrás rancias costumbres y se fundamentara en el respeto, el progreso y la cultura. Pero desgraciadamente no lo consiguió. Y eso nos trajo un largo periodo de dictadura que nos sumió otra vez en la oscuridad y el miedo. Después llegó la democracia. Un gran pacto digno de elogio (¡que lejos parece ahora!). No reniego de una democracia con monarquía parlamentaria si el funcionamiento se asemejase al parlamento británico (que nos pueden dar lecciones de democracia con honda). El problema está en esa “casta” de poder que se perpetúa, extendida en todos los ámbitos de la sociedad. También los políticos que utilizan su cargo para beneficio propio, ajenos a la voluntad y los deseos del pueblo. Estamos igual que en el siglo XIX, un poco mejor que el XVIII y no tan alejados de los feudalismos de la edad media.

Quizá han de pasar varias generaciones, como les pasó a los pescadores de Altafulla y sus “botigues” para que los descendientes puedan beneficiarse de aquella pobreza de los pescadores que les llevó un día a enfrentarse al mar. Bueno, me parece que me he pasado un poco con la reflexión.

¡Y eso que no me gusta escribir de política!

Jóvenes en la Playa: Nuestro futuro en sus manos.

El óvalo de su rostro enmarca un semblante joven, de sonrisa radiante; sus ojos negros y brillantes conforman una mirada inocente que revelan sus veintipocos años. La media melena de su cabello oscuro se mueve al compás de sus movimientos en el juego. Su contrincante, de su misma edad es alto, delgado y fibroso, el cabello rubio le confiere aspecto de extranjero, y de hecho ambos lo son. Son belgas, pese a que la joven es de descendencia española (aragonesa) y habla un perfecto castellano con



un delicioso acento galo. Juegan en la arena a lanzar unos palos en forma de cilindro hacia otros que se hallan clavados en la arena. Algunos transeúntes se paran ante la pareja intentando adivinar la lógica del juego. Parece un juego indescifrable. Un par de caballeros, de edad madura, se acercan y preguntan a los jóvenes por las reglas del juego y es ella, de forma simpática, quien como repuesta invita a acompañarles en una partida. Se intercambian los nombres y así sabemos que ella se llama Cecilia y el Peter. Los señores de edad madura responden al nombre de Xavier, el más alto y atlético y Vicente, el más pequeño, delgado y a la vez algo barrigudo quien lleva, además, un sombrero de paja. Como el lector habrá adivinado, este último es quien suscribe estas líneas. La pareja de jóvenes explican la mecánica del juego y se inicia la partida. El barrigudo toma partido por la dama, no puede evitar ese gesto caballeresco y junto a ella pierden dignamente la partida cinco a cero. Lo que no está nada mal para comenzar. Ríen. Intercambian algunas palabras y acaban todos frente a unas cervezas en un bar próximo. Allí sabemos que Cecilia, hija de española y belga, nació en Alemania por casualidad y ambos trabajan en Amberes, donde Peter, lo hace en una empresa de logística marina y ella en una agencia de seguros médicos que atiende a los expatriados de habla hispana. Los jóvenes son educados y amables y pronto se establece una y mutua simpatía entre el grupo. Tras un rato de charla, ya apuradas la cervezas, vienen las despedidas y el deseo, común, de que sigamos disfrutando del resto de las vacaciones.

La conexión entre generaciones a veces resulta fácil si media entre ellas el respeto, la comprensión y la simpatía. En muchos de nuestros jóvenes se advierte, al conocerlos (independientemente de su lugar de origen) que poseen una extraordinaria preparación profesional, y a la vez —lo que considero más importante— un gran sentimiento humanístico. Jóvenes con sensibilidad e inteligencia y bien preparados. ¿Son ellos la garantía de nuestro futuro? Seamos optimistas. Yo creo que sí